

Programas sociales, conocimiento y desarrollo humano

LUIS UGALDE

Hace un mes en el barrio de La Pradera, ubicado en la parte alta de La Vega, después de la misa, entregué 17 diplomas de enfermeras auxiliares a señoras de la comunidad que habían hecho 450 horas de formación, sacrificando sábados. Con toda razón, se sentían con más orgullo que los doctorandos. Ahora tienen unos conocimientos en salud que hace 5 años ni podían soñar; ellos vienen a reforzar su compromiso en la práctica de construir y llevar un centro de salud donde hace un lustro no había nada.

Hace algo más de 10 años, la mayor parte de los habitantes de La Vega no sabía de la existencia de La Pradera, último barrio de invasión en la cresta de la parte más alta. Aprovechando la pica de entrada que abrió la Electricidad de Caracas para las instalaciones de una subestación, la gente necesitada atropelladamente extendió una irregular alfombra de ranchos con los medios que pudo. Lo primero era ocupar. Después vendría la tarea de hacerlo habitable.

Esos habitantes no sólo necesitaban servicios; su reto era la organización para crecer en conocimiento, no el meramente teórico, sino el que consiste en aprender a hacer mejor lo que era necesidad vital para ellos. Esta década es la historia de su creatividad individual, y también de la creatividad comunitaria de un buen número de ellos.

¿HACIA LA SOCIEDAD DE CONOCIMIENTO?

Decimos que Venezuela debe convertirse en Sociedad de Conocimiento. Así lo afirman con razón las instancias superiores de la Ciencia en Venezuela, como el CONICIT y el Ministerio de Educación.

Si queremos que Venezuela como un todo (y no sólo unos centenares de investigadores) avance hacia la Sociedad de Conocimiento, nos debemos preguntar cómo se impulsa la comunicación del conocimiento hacia la totalidad del tejido social, cómo se logra que el saber se contagie como una epidemia, sobre todo el saber hacer bien.

El tema del Conocimiento se debe ver en relación con el trabajo y teniendo en claro que en Venezuela la mitad de la población se ocupa en economía informal, el 12 % por lo menos es desempleado y otro 20% de los trabajadores y empleados tienen muy baja productividad en el sector público y privado. Esa es la base laboral de la pobreza, y ahí se tiene que dar el avance de la sociedad de conocimiento. Cómo transferir efectivamente el conocimiento que otros sectores ya lo tienen y cómo en los sectores pobres iniciar procesos en la acumulación del saber que luego sean indetenibles, sobre todo del saber hacer bien aquello que es necesario para su vida y la de la sociedad.

Por eso, no se puede abordar el tema de la pobreza considerando que el 60% de

los venezolanos es el problema que tiene sobre sus hombros el otro 40%. Más bien debemos mirar a esa mayoría de nuestra población como sujetos motivados (o motivables) para salir de la pobreza, deseosos de superarse y convertirse en sujetos productores de solución de sus problemas, que son también los del país.

Desde esta perspectiva, nos preguntamos qué puede hacer el resto de la sociedad para brindarles una palanca que les permita mover la pesada piedra de la pobreza. El «resto» de la sociedad -vale decir, el Estado en sus diversas instancias centrales y descentralizadas, el sistema educativo, la Universidad, el sistema financiero y la iniciativa privada en general, las ONG u organizaciones de desarrollo social, las iglesias- debe entenderse a sí mismo como auxiliar para que los propios interesados, las propias poblaciones pobres, lleguen a ser buenos productores de aquello que responde a sus necesidades.

Veamos a los pobres como clave para su solución y no como nuestro problema.

Esto requiere recursos materiales, pero sobre todo que se desarrollen en ellos procesos organizativos y de conocimiento que los haga receptores válidos de conocimientos iniciales, que a su vez los potencien como centros de producción de conocimiento; de cómo hacer bien las cosas.

Las universidades se deben preguntar de qué manera ellas aprenden a ser capaces de, primero, conocer los procesos populares, los modos de generación



Veamos a los pobres como clave para su solución y no como nuestro problema.

Llevamos décadas en las que el pueblo venezolano ha aprendido a pedir, sin comprometerse a nada, ni siquiera a mantener lo que recibe. Por eso, muchos barrios son verdaderos cementerios de proyectos y ruinas de un servicio público que existió y que ya no vive.

dir. Empezar acciones cuyos verbos principales son: denunciar, pedir, reclamar, protestar... hasta que otros (el Estado) hagan lo que se supone deben hacer para resolvernos este problema. Esta vía desarrolla un tipo de actitud ante los problemas y un tipo de conocimiento que perpetúa la pobreza, aunque logre por ejemplo que nos asfalten o nos construyan una escuela. El pobre, por esta vía, aprende un tipo de conocimiento cuyo resumen es cómo hacer para pedir y reclamar que otros nos den lo que necesitamos. Llevamos décadas en las que el pueblo venezolano ha aprendido a pedir: cloacas, escuelas, asfalto, cancha de basquet o seguridad policial; sin comprometerse a nada, ni siquiera a mantener lo que recibe. Por eso, muchos barrios son verdaderos cementerios de proyectos y ruinas de un servicio público que existió y que ya no vive. Además de todo, esta vía no funciona, pues ya la burocracia estatal y sus presupuestos no llegan a estos barrios con una mínima calidad.

Por otra parte, muchos trabajadores de entes públicos y privados se entienden a sí mismo como dadores a indigentes, perpetuando indigencias y mendicidades. Por supuesto, el pedidor no podrá exigir ni calidad ni cumplimiento, es decir, el servidor público podrá ser mediocre y sus horas de servicio arbitrarias e incumplidas.

Hay otro esquema, más difícil, en el que la pregunta clave es qué vamos a hacer nosotros los sujetos de necesidad, los vecinos normales de un barrio pobre, para producir, para producir soluciones

y de incremento de conocimiento a nivel popular, para, luego, ser capaces de comunicar algunos de sus conocimientos universitarios a ese proceso. Aprender a trabajar con ellos y para ellos. Para así juntos -Universidad y comunidades populares- ser productores de conocimiento para soluciones.

Conocí hace una década a La Pradera -sobre todo el sector San Benito de ella- como un barrio sin escuela y sin centros de salud en kilómetros a la redonda. Tenían, sí, sus habitantes deseos e incipientes iniciativas de organización e incluso de comunidad cristiana.

En la pequeña y naciente comunidad cristiana nos preguntamos cómo lograr constituir un núcleo que pudiera ser sujeto efectivo en la producción de salud (educación, prevención y presta-

ción de servicio), así como convertirse en interlocutores válidos del Estado en salud y de los profesionales de la salud, que indudablemente estaban fuera de ellos. Cómo llegar a tener un buen centro de salud (entendido como construcción, pero sobre todo como grupo humano) para los 10.000 habitantes que no tenían nada.

ENTRE EL PEDIR Y EL SABER HACER

Hay un esquema tradicional que, consciente o inconscientemente, se ha cultivado mucho y que consiste fundamentalmente en conjugar la palabra PEDIR; esgrimir la Constitución, y pe-

